



Michel TREMBLAY, Canadá, 2000

Dramaturgo, novelista, traductor y autor de guiones y adaptaciones, la obra de Tremblay comprende 22 títulos de teatro, tres comedias musicales, once novelas, una colección de cuentos, tres colecciones de novelas cortas y siete guiones de cine. Figura importante en el teatro quebequense.

Hace más de dos mil años, la Electra de Eurípides decía: "¿Cómo comenzar mi acusación? ¿Cómo terminarla? ¿Qué decir en el medio?" En esta era del eufemismo y del lenguaje estereotipado, en que es de mejor tono tratar de no herir la susceptibilidad de todo el mundo, que decir las cosas tal cual son, el grito de la hija de Agamenón sigue siendo pertinente. ¿No es esa la misión del teatro? Acusar. Desnudar. Provocar. Molestar.

Ciertamente no son la "mundialización" tan a la moda-de la que se habla hasta el cansancio-, la universalidad a toda costa y la globalización que amenaza reducir nuestro mundo al tamaño de un pueblo donde todo es igual, las que facilitarán la misión del teatro en nuestra sociedad cada vez más "aseptizada" y sujeta a los dos o tres grandes monstruos culturales que tienen tendencia a dirigir todo desde lo alto de su poder.

Por mucho querer que todo se parezca, nada se parecerá más a nada.

No, la salvación, en el principio de este tercer milenio, vendrá más bien de esas pequeñas voces que surgen de todas partes para acusar la injusticia y, de acuerdo con los fundamentos mismos del teatro, extraer la esencia del ser humano, exprimirla, trasponerla para compartirla con el mundo entero. Esas pequeñas voces vienen de Escocia, de Irlanda, de África, del sur de Québec, de Noruega y de Nueva Zelanda, y hacen oír por doquier su grito de indignación, poseen a veces un perfume regional y una coloración precisa que no tienen nada de global, es cierto, ¡pero por lo menos son auténticas!

Y ellas le hablan a todo el mundo porque desde el principio se dirigen a alguien, a un público en particular, que puede vibrar reconociendo sus emociones y sus penas, llorar por sí mismo y reírse de sí mismo. Y el mundo entero se reconocerá si desde el principio el retrato esbozado se le parece.

Porque la universalidad de un texto de teatro no se reconoce por el lugar en el que ha sido escrito, sino por la humanidad que se desprende de él, por la pertinencia de sus ideas, la belleza de su estructura. No se es más universal por que se escriba en París, o en Nueva York que en Chicoutimi o Port-au-Prince.

Se es más universal cuando, al hablar de lo que se conoce a un público que acepta verse y auto criticarse, por el milagro del teatro, por la fe que se pone en él, por la sinceridad con que se lo crea, se llega a cantar y a descubrir el alma humana, a hurgar en sus arcanos, a restituirle toda la riqueza. Tchekov no es universal por el hecho de ser ruso, sino por que describe genialmente el alma rusa en la que todos los seres humanos pueden reconocerse. Sucede lo mismo con todos los genios, aún con los simplemente "buenos" autores de teatro: cada réplica escrita por un autor en cualquier parte del mundo es por definición universal, si ella expresa el grito de Electra: "¿Cómo comenzar mi acusación? ¿Cómo terminarla? ¿Qué decir en el medio?"